



Suárez se levanta en ayuda de Gutiérrez Mellado cuando el vicepresidente se enfrenta a los guardias civiles golpistas. :: EFE

El héroe del 23-F

Cuando Tejero le conminó a punta de pistola a sentarse, Suárez le respondió con la orden de que se cuadrara

ANTONIO
PAPELL

El golpe fue una acción contra el aún jefe del Ejecutivo, la bestia negra de los involucionistas y de los nostálgicos del franquismo

MADRID. El 23 de febrero de 1981, el teniente coronel Tejero tomó violentamente el Congreso de los Diputados durante la sesión de investidura de Leopoldo Calvo Sotelo, cuando el plenario estaba votando. El teniente general Gutiérrez Mellado, ministro de Defensa, sentado en el banco azul, se puso en pie para ordenar con firmeza a Tejero que depusiera las armas ante su autoridad, y Adolfo Suárez le secundó, también en pie, mientras Tejero forcejeaba con su superior para intentar derri-

barle, sin éxito. Los guardias alzados dispararon al aire para controlar la situación y solo tres personas resistieron gallardamente sin humillarse: Suárez, Gutiérrez Mellado y Santiago Carrillo. La dignidad del Estado, mancillada por aquellos golpistas, se había salvado gracias a la valentía del presidente del Gobierno saliente, de quien comandaba en aquel momento los Ejércitos y del personaje más característico de la oposición al franquismo.

La leyenda de Adolfo Suárez, que pasará a la historia como el forjador de la democracia española, se acrecentó con aquel gesto de valor personal, que se reiteraría más tarde, cuando, después de haber sido sacado del hemiciclo junto a los principales líderes y conducido a otras habitaciones, Tejero le amenazó con su pistola y Suárez le ordenó cuadrarse. La escena fue tensa y dramática, pero finalmente el militar bajó el arma.

En realidad, el golpe del 23-F, que fue el resultado de varias conspiraciones civiles y militares –la trama civil no llegó a ser íntegramente de-



Vista general del Congreso el 23-F. :: EFE

tectada tras la cuartelada–, fue una acción contra Suárez, la bestia negra de los involucionistas y nostálgicos. La derecha cerril que no se adaptó a los tiempos nuevos achacaba al primer presidente democrático su impotencia ante el terrorismo –el de ETA y el de los grupos de extrema izquierda, Grapo y Frap–, su respon-

sabilidad en la desmembración de España –la formación del Estado autonómico–, la legalización del Partido Comunista, etc. En el seno del propio ejército, sectores poderosos no veían con buenos ojos la transición ni, por lo tanto, a quienes la habían auspiciado, y aunque el Rey consiguió templar muchas de las inquietudes castrenses, era bien evidente que persistían voluntades contrarias al afianzamiento del régimen de libertades. Y todo aquello transcurría en un clima de crisis económica que enturbiaba aún más la seria dificultad política que se estaba viviendo.

Por añadidura, en el seno del Gobierno de la UCD, una formación de aluvión, habían comenzado las pugnas y rivalidades internas, que debilitaron seriamente al Gobierno. Adolfo Suárez, la personalidad que había conseguido ser eficaz brazo ejecutor del proyecto tramado por el Rey y por él mismo, ya no era necesario para construir la normalidad. De hecho, aquel personaje desclasado, que provenía de las profundidades del franquismo sociológico, había acabado siendo un estorbo para los partidos emergentes, para los políticos que se creían con mayor derecho a vertebrar el mapa ideológico del país. El Consejo de Ministros se había convertido en un verdadero campo de batalla en el que lo menos importante era el interés general... Y Suárez, que había ganado las elecciones de 1977 y de 1979, comprendió que mantenerse en el poder en aquellas circunstancias, era poner en riesgo lo conseguido. De hecho, en aquel famoso discurso del 29 de enero de

Dimitió para que la convivencia democrática no fuera, una vez más, un paréntesis de la Historia